

Arte arrojadizo

LLÄTZER MOIX

LA VANGUARDIA, 23.11.08

A la vuelta de Ginebra, el miércoles, varios compañeros me preguntaron por la cúpula que allí ha pintado Miquel Barceló. Les respondí con dos apreciaciones. En primer lugar, la obra es impresionante y logra representar con recursos abstractos una idea de política exterior basada en el diálogo entre los distintos actores de un mundo cambiante. En segundo lugar, esta operación de Estado, tan meritoria como costosa, se ha visto empañada por errores de gestión y transparencia institucionales, ya bien conocidos.

Es triste que estas torpezas lastren una iniciativa diplomática española ambiciosa y coronada por el éxito, como es la asociación de la política global en pro de los derechos humanos con la idea de Alianza de Civilizaciones que Zapatero y su colega turco Erdogan impulsaron tras los atentados del 11-M. Es triste porque la iniciativa resulta más plausible que la doctrina unilateral de Bush frente a los radicalismos (ajenos o propios). Yes triste porque, si bien su coste es excesivo, su calidad no desmerece.

Sin embargo, este regalo de España a las Naciones Unidas ha recibido todo tipo de collejas. Por una parte, las de la oposición popular, siempre presta a desgastar al rival, y las de sus publicaciones afines, que han instrumentado el caso con sonrojante demagogia. Por otra parte, se ha llevado algunas procedentes del sector artístico, cuyos extremos han coincidido en denuestos y descalificaciones: columnistas de medios antigubernamentales han tildado sutilmente la cúpula de "boñiga en

cinemascope"; y colegas de otro signo le negaban cualquier legitimidad artística, porque el arte de Barceló no es lo suficientemente engagé y por tanto, merced a un falso silogismo, no es arte.

Se comprende que los políticos hagan un uso interesado del arte y que lo ensalcen o vapuleen por razones ajenas a la calidad de la obra. Su interés prioritario pasa a menudo por retener el poder o por reconquistarlo y, según ciertas voces, el arte no es sino otra arma arrojadiza, como pueden serlo la vida, la justicia, la libertad y demás fruslerías. Pero me sorprende la desenvoltura con que se emiten opiniones desde trincheras presuntamente estéticas y muy politizadas. Me parece tan inconsistente atacar un trabajo artístico con argumentos tabernarios como hacerlo desde las antípodas del pluralismo, allí donde resuenan todavía los ecos del "fuera de nuestra iglesia no hay salvación".

El arte siempre es político, pero su triunfo no depende de la política, sino del artista. La asociación del arte con la política entraña riesgos para el creador, aunque no necesariamente fatales. Las obras potentes, aquellas en las que el público entiende al artista, aun desconociendo su idioma, sobreviven a cualquier patronazgo político. Por el contrario, las obras menores no se redimen ni hablando una lengua conocida ni adscritas a la militancia correcta.